

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2022

NARRATIVA CASTELLANO 14-16 AÑOS

SEGUNDO PREMIO

Salvado por la campana

Adrián Serra Blanco

Mi mesa es un desastre. A mi izquierda, se encuentra mi goma MILAN, partida por la mitad, con una cara compuesta de puntos de grafito que me observa con interés. O con la cara que suelen mirar las gomas de borrar. En perfecto equilibrio sobre la mitad inerte de mi goma, se balancea mi lápiz, mordido de todas las formas posibles, con mis dos iniciales grabadas: «S. A.». Mi nombre es Sergio Apofenio. Sí, Apofenio, como suena.

El colegio en general, como concepto, me parece horrible. Sí, lo sé, probablemente no es la frase más original que un adolescente haya dicho en la historia de la humanidad, pero, siendo sinceros, yo no me imagino a nadie al que le guste que le repitan lo malo que es en algo o tener que sentarte y escuchar, durante ocho horas diarias, a un profesor que tiene las mismas ganas de estar ahí que tú. En esas situaciones, mi vía de escape generalmente suele ser mirar por la ventana. Lo que más me gusta es observar los pájaros que vuelan, juegan, se pelean o sencillamente se sientan en una farola esperando que algún niño deje caer alguna miga de pan al suelo. Precisamente ahora, oigo graznar a un cuervo. Parece que grita o que se ríe de algo.

A mi izquierda en diagonal está él. Suele pasar las clases sentado de las maneras más creativas posibles para mostrar su desinterés al profesor de turno, mientras garabatea algo en la mesa o en el cuello del vecino. Es mi mejor amigo. Nuestra amistad es perfecta, digamos que nos compenetramos. Para empezar, cuando estamos los dos juntos, parecemos un dúo cómico de telebasura, ya que la anchura de su muslo es equivalente a la distancia de mi hombro derecho al izquierdo. Yo le llamo Dozer, porque Bulldozer era demasiado largo, y parecía el apodo que le pondrían a un cincuentón recién salido de la cárcel. Él me llama Gersio, ya que el primer día de clase, mi nerviosismo me puso la zancadilla y decidió que equivocarme en la pronunciación

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

de mi propio nombre sería divertido.

Dos pupitres a mi derecha se encuentra Lavanda. Su nombre real no es ese, pero llegó a mitad de curso a clase y no me atreví a presentarme. Y, teniendo en cuenta que mi círculo social es más bien una línea unidireccional compuesta por Dozer y yo, no descubrí su nombre hasta dos semanas después de su llegada y para entonces ya tenía un apodo del que no nos hemos querido deshacer. Es pequeña, muy blanca, de aspecto frágil, casi enfermizo. Por donde pasa deja una nube invisible de olor a flores, a primavera, de ahí su apodo. De todos modos nunca podremos ser amigos, ella no conoce mi enfermedad. Bueno, realmente sólo la conocen Dozer y mis familiares.

Querido lector, probablemente se esté preguntando de qué trata mi enfermedad. Pues bien, no echo humo por las orejas, ni me convierto en un hombre lobo cuando veo la luna llena. Es algo difícil de explicar. Puede que alguna vez le haya pasado que está en la cama, suena el despertador y, tras apagarlo, comienza a visualizar cómo se levanta, va al baño o a la cocina. Y de golpe se da cuenta de que no ha movido un dedo de la cama. U otra situación en la que está de viaje en el coche, por ejemplo, y, mientras mira por la ventana, comienza a imaginar una realidad ficticia. Pueden pasar minutos, horas, días dentro de la realidad ficticia, pero, cuando vuelve en sí mismo, se da cuenta de que no ha pasado más de un cuarto de hora, quizás veinte minutos. Pues mi problema es que vivo constantemente así, saltando de la realidad a mi imaginación.

Para mí es algo natural, estoy acostumbrado a vivir con ello, pero eso no quita para que me cree unas ciertas limitaciones u obstáculos en el día a día. Por ejemplo, si bien es cierto que mi constitución endeble y la miopía no son un buen punto de partida en lo que a los deportes respecta, no ayuda en absoluto perder la noción de la realidad en medio de un partido de balón prisionero en el patio. Y es ahí cuando entra en juego Dozer. Él es el encargado de traerme de vuelta a la realidad o, en su defecto, de ser mi escudo humano. Llegados a este punto, probablemente se esté planteando qué le aporto yo a Dozer. Pues bien, puede que le sorprenda que bajo una máscara de indiferencia y varios kilos de sobrepeso, en el corazón de Dozer se esconde el deseo de

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

llegar a ser un gran escritor algún día. Es por ello que para él soy lo más parecido a un superhéroe, una fuente de inspiración ilimitada.

Todo el mundo se pone de pie y comienza a guardar los libros en sus mochilas. Ha terminado la clase y ni siquiera me había enterado. Tras atravesar los largos y fríos pasillos del instituto, salgo a la calle y comienzo a caminar hacia la parada del autobús. Por suerte, no tarda en llegar. Después de esquivar aproximadamente una docena de adolescentes ruidosos, y francamente malolientes, me siento en un asiento de la última fila del autobús, desde donde puedo ver todo y a todos. De repente, el teléfono de una mujer de dos filas más adelante empieza a sonar. Reconozco una pieza que nos pusieron en clase de música la semana pasada, nadie la conocía excepto Lavanda.

Es una sala enorme, totalmente a oscuras a excepción de un foco, que le ilumina desde arriba. Sus dedos acarician las teclas con suma delicadeza, mientras su cabeza se mueve levemente, como si la música le fuera envolviendo poco a poco. Yo le miro desde una butaca de terciopelo rojo, la única de toda la estancia. La música viaja por la habitación como una fuerza invisible que penetra en mis oídos y toma el control de mi mente y mi cuerpo. Una sensación de ingravidez me recorre y me siento ligero, libre, como un pájaro. De golpe, el ruido de las puertas del autobús abriéndose me devuelve a la realidad. Al mirar por la ventana, me doy cuenta de que ya he llegado a mi parada, así que con la poca agilidad que me caracteriza, consigo poner los pies en la calle justo a tiempo antes de que las puertas se cierren a mis espaldas.

Me meto las manos en los bolsillos y encuentro mis auriculares en uno de ellos. Tras deshacer unos cuantos nudos, de origen desconocido, pongo cada uno de ellos en su correspondiente oreja y subo el volumen al máximo. Es curioso porque, mientras escucho música, la canción que esté escuchando en ese momento determinado se convierte automáticamente en la banda sonora de lo que sea que esté pensando y solamente el final de la canción o un sonido brusco puede traerme de vuelta a la realidad. En este caso, es una llamada la que interrumpe mis pensamientos. Es un número desconocido —supongo que tengo que coger, aunque probablemente sea

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

publicidad. Descuelgo. A medida que escucho la voz al otro lado del móvil, mi boca se va secando y un nudo se forma en mi garganta.

Mis piernas se mueven más rápido de lo que lo han hecho en mis últimos dieciséis años de vida, esquivando bicicletas, personas y perros, a la vez que mi boca se abre agonizante en busca de más oxígeno. Ha tenido un accidente, un coche chocó contra su bici y salió volando por los aires. Lo único que sé es que está inconsciente y que no llevaba el casco puesto. Algunas personas se me quedan mirando cuando paso por su lado y me gustaría poder pararme a explicarles a qué se debe tanta prisa, pero no tengo tiempo.

Tras atravesar la puerta de entrada, me quedo quieto en la sala de espera. No sé qué tengo que hacer, nunca me he visto en una situación como esta. Me acerco a la ventanilla de información, desde donde una señora de pelo gris y ojos cansados me mira con indiferencia. Supongo que ahora tendré que preguntarle la habitación en la que se encuentra. 294.

Es como un laberinto. Todo es exactamente igual: pasillos blancos, camillas y puertas entreabiertas que tengo que esquivar para evitar ver cualquier cosa de la que me vaya a arrepentir. De vez en cuando me cruzo con alguna enfermera embutida en su uniforme blanco —algunas llevan una especie de gorrito de ducha azul, el cual de no estar en un hospital probablemente me resultaría bastante cómico. Unos números metálicos brillan sobre una placa azul, indicándome que he llegado a su habitación. Tras dar tres golpes con los nudillos, entro.

Está en la camilla, con un armazón de vendas, gasas y escayola que le tapa desde la cintura a la cabeza (incluida). Por una décima de segundo, me pregunto si me habré equivocado de habitación, pero tras ver sus piernas rechonchas y reconocer su mochila junto a él en el suelo, cualquier tipo de duda se disipa. Su madre me mira desde un sillón junto a la camilla. Tiene los ojos rojos, como si llevase llorando la última semana y media sin parar. Al reconocermela trata de sonreírme, pero lo más parecido que le sale es una mueca de dolor. Entonces, una enfermera rubia con gafas, le llama desde la

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA

2022

puerta con unos papeles en la mano, invitándole a salir.

Los dos estamos solos. De repente, un artículo que leí hace tiempo viene a mi mente. Este decía que el último sentido que se pierde antes de morir es el oído. No quiero pensar que mi mejor y único amigo se esté muriendo, pero tal y como veo la situación, quizás hablarle un poco no es mala idea.

El hotel está lleno de gente elegante, todos se han puesto sus mejores trajes para la ocasión. Algunos se han venido un poco arriba con el vestuario y parece que van disfrazados de un superhéroe diseñado por un niño de cinco años, pero ese no es nuestro caso. Quedan seis minutos para que comience la entrega de premios más prestigiosa del mundo de la literatura y ahí estamos nosotros dos, mirando embobados la sala, como si no hubiésemos salido de nuestra clase nunca. En la mano, tenemos una copa de champán que un camarero nos ha dado con la mejor intención del mundo, aunque probablemente no haya reparado en que somos unos adolescentes. Entonces, sube al escenario una mujer alta y muy delgada, con un vestido de lentejuelas doradas que me recuerda a las burbujas del champán. En unos segundos dirá el nombre del autor que recibirá el premio a mejor novela del año. Nos cogemos la mano, ilusionados, y, de golpe, empieza a oírse un pitido muy agudo.

Sin mucha dificultad descubro que el origen del sonido es el monitor cardíaco y, con los conocimientos médicos que te puede proporcionar ver series de médicos, la línea recta en la pantalla y el pitido no son buena señal. Dos segundos después, mis sospechas se confirman cuando un equipo de médicos y enfermeros entran corriendo a la habitación, situándose alrededor de la camilla y apartándome de mi amigo. Su madre llora en la puerta abrazada a la enfermera rubia. Todo el mundo está gritando, corriendo de un lado a otro, hablando a voces y pasándose instrumentos cuyo uso desconozco por completo. Entonces un sonido metálico retumba en mis oídos.

El timbre indica que la clase ha terminado, a la vez que el profesor sale por la puerta con su maletín bajo el hombro. Dozer me mira con gesto burlón desde su pupitre,

CONCURSO LITERARIO JUVENIL DE PAMPLONA 2022

mientras juega con el muelle de un bolígrafo. La cara de mi goma partida parece reírse de mí, mientras el lápiz sigue balanceándose ajeno al revuelo causado por el fin de la clase.